

# EL NATIVISMO

La tendencia literaria que se ha convenido en llamar *nativismo* aceptando la definición de Ricardo Rojas, su más esforzado propagandista,—pero cuya denominación más estricta es tradicionalismo—ha cumplido ya su misión, en el movimiento evolutivo de la Lirica platense. Su hora de callar ha sonado.

Breve ha sido su ciclo, por que nació tardíamente, cuando ya los elementos de su vida se marchitaban en la caducidad fatal de su otoño, y el sol que alumbró su ancho dominio, se había ocultado ya tras el horizonte de los tiempos.

La poesía tradicionalista ha sido una poesía de ocaso, una poesía casi póstuma. Se levantó en la hora crepuscular, para cantar la melancolía del pasado.

Todos sus temas de inspiración—ombúes, guitarras, gauchos, ranchos, carretas, pericones, pulperías, potros, vinchas, lanzas, y entreveros—habían pasado ya a la historia, realizados por la evolución de la vida nacional, en su proceso de transformación cosmopolita.

Cuando, hace apenas un lustro, publicamos nuestra «Crítica de la Literatura Uruguaya», la poesía nativista, o tradicionalista, no existía en el Uruguay, fuera de los poetas gauchescos que remedaban, flojamente, la manera popular de antaño, componiendo décimas de Domingo. Solo un poeta de corte gauchesco levantaba su voz por encima de ese amaneramiento trivial, y sus versos, de honda y fuerte textura, perduran y perdurarán, por su virtualidad lírica: el Viejo Pancho. Pero el Viejo Pancho es—por su lenguaje—un poeta de carácter genuinamente gauchesco. Y lo que entonces reclamábamos en nuestra «Crítica» era la nacionalización de la poesía culta.

La poesía vivía entonces, en el Uruguay, en pleno exotismo. Apartada de la realidad americana, buscaba sus motivos y sus modelos en la poesía europea, siendo un reflejo de la cultura literaria. Tal modalidad la desarraigaba y la hacía espuria. Requeríase, pues, una reacción que volviera la poesía hacia sus fuentes naturales y originales: la realidad americana.

A la devoción imitativa de lo extranjero había que oponer el sentimiento autonómico de lo nativo. Era un movimiento de emancipación literaria.

La reacción se operó; la emancipación fué, luego, un hecho. Los tiempos estaban maduros para ello. Los poetas jóvenes, volvieron sus ojos a la realidad nacional. Y, al volver a ella sus ojos, vieron aquello que, por contraste con lo europeo, era más genuinamente americano: lo gauchesco. Y los temas tradicionales llenaron entonces la poesía. La lírica de los modernos cantó la melancolía de todas aquellas cosas que, poseyendo tan

honda poesía, no había sido cantado hasta entonces por los predecesores que, encerrados en su ensueño extranjero, la desdeñaron, cuando aun palpitaba con frecura vital.

Muchos fueron los llamados, pero solo uno el elegido. De ese ciclo tradicionalista solo quedan, como valor definitivo, los Poemas Nativos de Fernán Silva Valdes. (1). Lo demás, aun destinado a desvanecerse luego en la penumbra de lo pristeneo, no habrá sido, empero, inútil. Ese esfuerzo múltiple, ha constituido una fuerza transformadora del ambiente lírico. Todas las revoluciones requieren esa fuerza colectiva.

Más, cumplida ya su misión, el tradicionalismo debe a su vez, pasar. Hora es ya de que pase, para dar lugar a un americanismo lírico más acorde con el imperativo de la vida. Empeñarse en continuarlo, sería caer en un anacronismo. Persistir en él, es colocarse en una posición falsa, y semejante—aun que en sentido inverso—a aquella de los exotistas de antes.

La sensibilidad de nuestros días se nutre ya de realidades; idealidades distintas. El ambiente platense ha dejado, definitivamente, de ser gauchesco; y todo lo gauchesco—después de arrinconarse en los más huraños pagos—va pasando al culto silencioso de los museos. La vida rural del Uruguay está toda transformada en sus costumbres y en sus caracteres, por el avance del cosmopolitismo urbano. La ciudad, órgano de la civilización en América, ha ido extendiendo su influencia en los campos, e infiltrando sus elementos hasta transformar la antigua vida pastoril—de tan fuerte carácter—en un difuso arrabal ciudadano. Hasta el caballo, símbolo de la vida gaucha, ha pasado a un plano secundario; y ahora los *Fords* cabalgan por los caminos y serpentean por las colinas pecuarias.

Una poesía campera es, ciertamente, posible en el Plata, pero no la tradicional, ya inactual y regresiva. La poesía tradicionalista no puede mantenerse, so pena de caer en lo convencional y amanerado. Por otra parte, sus motivos están ya virtual y formalmente agotados, y córrese peligro de repetición. Ya se está repitiendo signo inequívoco de agotamiento.

Basta ya, pues de nativismo. Ha sonado la hora de nuevas inspiraciones líricas en las que fermente el espíritu del devenir, que es el sentido de la vida americana.

ALBERTO ZUM FELDE.

(1) Una noche del 1921—poco antes de aparecer «Agua del Tiempo»—nos paró, en medio de una plaza de Montevideo, Fernán Silva Valdes, a quien, hasta ese instante no conocíamos. «Yo soy—nos dijo—el poeta que Vd. reclama en su Crítica». Y era, nomás...